



“La Viuda de Apablaza” en una visión psicoanalítica

CONSUELO MOREL

Socióloga

Profesora Escuela de Teatro Universidad Católica

No resulta fácil hablar de una de nuestras más importantes obras teatrales y tal vez la *única tragedia en propiedad*, como dijera un importante profesor de teatro. Sin embargo, creemos relevante adentrarnos en ella e intentar analizar ciertas claves de la obra.

El personaje de la Viuda, por el solo hecho de serlo, tiene ya una condición a analizar en la perspectiva del cómo se habrá elaborado dicha viudez, del cómo se habrá elaborado, en ella, ese duelo.

Al parecer, existen dos facetas que se instalan en su personalidad (no sabemos si vendrían antes en su historia). Ellas son: enfatizar en su ser más masculino y, por lo tanto, tomar el rol del jefe en el trabajo campesino y, en segundo lugar, ver en el Ñico, su hijastro, hijo huacho de su marido, muchas veces la imagen misma de su marido.

La Viuda: *¿No tendré derecho entonces a tomar, mano a mano, con el que curdia mis sembraos, con el que me vende los quesos, con el que campea mis animales y qu'es, aquí, en m'hijuela, el hombre pa too...? ¿Se disgustarán las visitas si la viúa de Apablaza se confiancea con el hijo de su finao? Pa eso mando yo...*

Ñico: *Muchas gracias, su mercé...*

La Viuda: *Guárdate la mercé... Vos sabís qui eres más que capataz, más que admenistrador, más que too... Vos soi la sobra del finao...*

Al parecer, la Viuda no ha podido, o le resulta difícil, re-presentar a su marido en ausencia, revivirlo internamente y elaborar el dolor de su partida. Pareciera que lo puede revivir externamente en la línea de

ser ella parte del marido muerto (el patrón) o querer verlo físicamente y concretado en el Ñico. Querer revivirlo y querer que sea él, el mismo en cuanto presente.

Ella se aferra a actitudes y parecidos que, viniendo del mundo externo, le permiten vivir de algún modo el dolor de no tener marido, el dolor de una sexualidad no realizada y que la requiere en el aquí y el ahora, pero con alguien parecido o igual al marido ya muerto.

La Viuda: *Te parecís al finao, qu' es tu padre... Tenís las mismas hechuras d'él; los ojos iden cuando él era guaina y estábamos enamoraos ... (Suspira hondamente). ¡No te casís, Ñico! Toas esas tierras y la plata son pa vos... pero habís de quearte conmigo... ¡Cuando t'estái formando tus realitos, ya querís encallarte con una mujer!*

No se ve en ella una búsqueda acerca de ella misma, una introspección de su dolor de modo de abrirse a otras experiencias u a otros hombres diferentes. Podríamos decir que está *sobreidentificada* con el marido muerto, que no puede ser libre y que está aprisionada en esa imagen. En esa perspectiva, puede pensarse que tal vez la relación con su antiguo marido fue de gran posesión, o que ella se sentía validada sólo como extensión de él. Aparece una cierta *no autonomía* de la ligazón a lo concreto externo que reproduzca la fuerza de su marido, tal vez teniendo esto su origen en su temprana relación con su padre.

Si pensamos que los sentimientos infantiles de omnipotencia se presentan en la investigación freudiana como una clave fundamental del desarrollo huma-



La Viuda de Apablaza, de Germán Luco Cruchaga. Dirección de Pedro de la Barra. Teatro Experimental de la Universidad de Chile (TEUCH), 1956.

no, éstos estarían fuertemente presentes frente a la pérdida de la viudez y en la no aceptación de ésta.

Se puede pensar en la omnipotencia infantil como intento por resolver la culpa derivada de la ambivalencia afectiva frente al padre y, por otra parte, el de la búsqueda de protección y consuelo por el mismo hecho.

El sentimiento de la Viuda tal vez busque los dos aspectos: resolver alguna ambivalencia anterior de ella con su padre y tapar su femineidad con un rol más bien masculino, o consolarse del dolor interno que la aqueja teniendo fuerza, dinero, tierras y poder.

Sin duda, la tierra y el dinero son claras posesiones de la Viuda y son de algún modo extensiones de su poder y de su omnipotencia. Se escuda tras ellos para aplastar a otros, para sentirse *dueña* de la vida concreta y no estar abierta a nada nuevo ni misterioso.

En este esquema aparece, a pesar de ella, el dolor y la necesidad del sexo no presente.

Este la lleva a querer solucionarlo del mismo modo que realizó las demás experiencias: tapándolas

concretamente con alguien **parecido** a su marido. El impulso sexual y la necesidad de amor no la hace pensar, la hace **actuar** en la línea de poseer aquello que un día perdió y que hoy le da rabia no tener: su marido.

En el desarrollo, dice Freud, el Edipo hay que entenderlo como el rechazo a perder la omnipotencia que el narcisismo se atribuye como falta de limitación. Se trata, como diría Lacan, *de ser el falo o estar castrado*. La Viuda —creemos— se mueve en esta disyuntiva. A veces es *el falo*, otras *está castrada*. Frente a la castración reacciona con su poder, esta vez, aplicado a quien se parece en la práctica, en su proyección, al que fuera su esposo y quiere negar esa castración con la presencia concreta y *adueñada* del Niño.

EL PROBLEMA DE LA MATERNIDAD

La Viuda tampoco ha sido madre. La maternidad está ausente en ella. No tuvo hijos y según sus dichos había puesto todo el cariño materno en este hijastro.



Elsa Poblete y Roberto Farías en *La viuda de Apablaza*, de Germán Luco Cruchaga.
Dirección: Ramón Núñez. TEUC, 1999.

Sin embargo, podría plantearse alguna duda frente a este hecho por cuanto su amor por el Ñico se hace fuerte sólo cuando en ella recorre algún atisbo de debilidad: su carencia de un hombre para su vida sexual. Si seguimos este argumento, habría que pensar que el Ñico entra con fuerza en su vida para tapan un dolor y algo que ella siente necesario y le falta.

De este modo, el Ñico ya deja de ser hijo y pasa a ser la imagen del padre, su sustituto, el cual debe llenar el vacío que ella siente. No se ve clara su culpa o su ambivalencia por ser éste mucho menor que ella, ni tampoco por tener lazos parentales de hijo.

Intenta, por la fuerza de su riqueza y su poder material, atraer al Ñico para que sea su marido y sacarlo de su condición de *hijastro*. Al parecer, no quiere respetar los límites de la realidad y hace uso de su fuerza para obtenerla más bien como un objeto a sus antojos que como a un hombre al que ama.

La Viuda: *¡Ya me lo han contao too! ¿Qué t'estabai creyendo... que en mi casa yo no sigo hasta los trancos*

del gato? Yo siempre estoy de güelta cuando ustedes se van... ¡Por algo soy más vieja y más matrera!

Ñico: *Yo no hay fartao en na... Los asuntos que me traen apensionado son con la Florita...*

La Viuda: *¡Cállate, Ñico! A eso mesmo vengo yo...*

Ñico: *Quiero que me consienta casarme con ella... Nos queremos y too depende de su voluntá...*

La Viuda: *Pues mi voluntá yastá formalizá... No te casaris con ella.*

Sin duda, esto estimula la complicación del conflicto dramático, pues a pesar de querer controlar y amar desde su poder, algo ocurre en ella que la debilita.

No queda muy claro en la dramaturgia el cuándo y el cómo empieza su debilidad, sólo sabemos de su necesidad de ser amada pues aún se siente joven.

Sin embargo, esto que parece tan bajo su control se le escapa cuando el Ñico, por ambiciones y rabia hacia ella, acepta el matrimonio y pone todas sus posesiones a su nombre.

Ocurre una suerte de cambio de poder por el solo hecho de ser dueño y patrón de la hacienda. No

es un cambio de poder subjetivo ni dado por el amor, es algo nuevamente dado por algo que se posee y concretamente cambia de dueño. Este tema del dueño del amor, que equivale al dueño del dinero y la tierra, entraña sin dudas un potente simbolismo.

No es una crisis en su maternidad lo que ocurre, es una crisis en su sexualidad la que la debilita y, lejos de poner el problema como pregunta dentro de ella, realiza lo que sabe hacer: obtener por el poder y el dinero lo que quiere.

No se puede hablar —a mi juicio— de resortes de una situación de incesto, pues ella, al parecer, no tiene esa contradicción. Sólo tiene la rabia o el dolor de no ser correspondida. No teme a sus sentimientos ni a la angustia por realizar algo prohibido con un hijo. Su angustia viene del rechazo del Ñico, pero no de la contradicción maternidad-amor sexuado por el hijo.

La Viuda tiene tantos sentimientos de omnipotencia, le da tanto valor a sus creencias o a sus propias ideas, que menosprecia absolutamente las condiciones de la realidad. Ellos son los que la llevan a darle primacía a su deseo por sobre la evidente falta de afecto del Ñico e, incluso más, ante la evidencia del rechazo del Ñico, pues este ama a otra joven de su edad. Ella lo sabe, pero pasa por sobre esa evidencia y se niega a abandonar la supremacía de su propia subjetividad.

La Viuda: *Pero aquí se hace mi voluntá... Por algo t'hey criada y soi mío. ¡Desde hoy en adelante, vos reemplazái al finao...! Tuyas son las tierras, la plata y... la viúa. Mandarís más que yo... Porqu' hey tenio que verte queriendo a otra pa saber que yo te quería como naiden, como naiden te podía querer... (Lo abraza estrechamente). ¡Mi guacho querido! ¡Mi guachito lindo!*

Es lo llevará finalmente a un destino de muerte, pues la realidad del amor del Ñico con la Florita es más fuerte que las ambiciones de este último.

Así, a pesar de los embates de la realidad exterior, sus deseos se resisten a desaparecer. Pero, insistentes, sin la ambivalencia y los sentimientos de culpa y otros de gran complejidad propios de una realidad de incesto.

LAS AMBICIONES DEL ÑICO

Ahora bien, desde la perspectiva del Ñico, no cabe duda en la obra que éste entra en un juego perverso al querer utilizar la debilidad de la Viuda a su favor, apropiándose de sus bienes, de su dinero y de su rol de patrón. El Ñico reivindica su rabia de haber sido huacho y se convierte realmente en su padre, pero esta vez con toda su rabia hacia la Viuda. La utiliza, se venga y finalmente, logrando su objetivo, quiere vivir el amor que normalmente le corresponde a su edad.

En él, tampoco vemos un enamoramiento hacia la madre, pues él se casa con ella sólo con el objeto de obtener lo que él cree que se merece y de modo impuesto por ella.

Ñico: *Toy perfectamente e patrón, ¿nu'es cierto? Me ha cambeao la compostura, pero el corazón lo tengo intauto: ¡el mesmo corazón de guacho perdido...! (Se rien y se palmotean).*

Así, son dos juegos de poder; el de la Viuda impuesto al Ñico para satisfacer su soledad y sexualidad, y el poder del Ñico que, a sabiendas de lo anterior, decide hacer uso de estas condiciones para reivindicarse como alguien legítimo (en oposición a huacho) y con dinero (en oposición a trabajador sometido a la Viuda).

Así en la obra, en el avance de su dramaturgia, no vemos revelados tanto los atolladeros y cuestiones del amor y del odio propio de una relación de esta naturaleza, sino más bien la lucha del poder de la Viuda y el fracaso de éste y, viceversa, la lucha del poder del Ñico sobre ella y finalmente su dolor ante su muerte, pues de todos modos la quería (no como marido) y sobre todo porque la hizo sufrir.

En este encuentro ocurre el desenlace fatal: la muerte de un tiro de escopeta de la Viuda que quiebra al Ñico, pero no en la dimensión que debiera, sino en el natural proceso de presenciar una tragedia en la cual uno ha hecho algo para que así ocurra y donde surge su arrepentimiento y la gratitud por el apoyo de la Viuda en su infancia.

Si todo discurso humano está mediado, para el psicoanálisis, en el hecho de que el inconsciente está

presente de todos modos como cuestión ineludible, es evidente que no es posible dar una respuesta definitiva para la relación entre el Ñico y la Viuda. Sólo podemos atisbar que, tal vez, ambos fueron presos por sus deseos infantiles omnipotentes pero en distintas direcciones: en ella, por ser una especie de *padre todopoderoso* que todo lo que dice es una orden para los demás y, en el Ñico, por su profunda rabia y rencor de haber sido un hijo desconocido por su padre y su madre, por ser un hijo *huacho* y sin dinero..

El sabe que la Viuda lo educó y lo alimentó, pero no tuvo de ella el sentimiento materno. Ella se limita a *organizarlo* y *educarlo* con severidad para lograr que sea un hombre capaz de trabajar.

LA FALTA DE INSIGHT

La Viuda no sabía de ella, no sabía de sus carencias ni de los mecanismos que usaba para llenarlas. Al no saber de ella, al no tener *insight*, simplemente usa los mismos mecanismos para obtener el *amor* del Ñico que para mandarlo a estudiar o trabajar. No sabe la Viuda moverse en distintos planos y por eso decide aplastar con su poder más que seducir con su femineidad, o amar de verdad a un hombre diferente, de su edad.

De ahí que ponemos en interrogante el tema del incesto en el fondo dramático de la obra. Este aparece como algo más descriptivo, externo, pero no con todas las cargas psicodinámicas internas que este problema tiene.

Se parece más bien a encontrar un marido —aunque más joven— que a seducir a un hijo y, en ese sentido, se alejaría de las ambigüedades y dolores del trasgedir el tabú del incesto, para quedarse sólo en las vicisitudes del triunfo o fracaso de lo que se busca en concreto.

El suicidio final de ella, que puede ligarse al drama incestuoso, aparece en la obra como un *sin salida* al poder que ella va progresivamente perdiendo sobre el Ñico, el cual se atreve incluso a independizarse y buscar a su amor juvenil para casarse, delante de ella, frente a sus propios ojos.

Una de las cuestiones cruciales que plantea el psicoanálisis es mostrar las íntimas relaciones entre el deseo y el pensamiento, entre el desear y el pensar. Desde este punto de vista se puede plantear que todo texto o discurso está movido por el deseo. Dice Freud que **tan sólo un deseo puede incitar al trabajo a nuestro aparato anímico**. En sus inicios, el acto del pensar no es otra cosa que la sustitución de un deseo alucinatorio mediante el cual se pretendía satisfacer las propias necesidades por la vía concreta. Cuando la alucinación resulta ineficaz se pone en marcha el acto del pensar. En este sentido, el pensamiento es un desvío que la experiencia hizo necesario (Freud, **Interpretación de los sueños**.) Nace desde la ausencia de una satisfacción, o como lo expresa W. Bion, por el apareamiento con una ausencia. (**Second thoughts**, Londres 1970).

No planteamos que en los personajes estos temas se concreten con claridad, pero pensamos que es una hipótesis que podría sostenerse como tal si observamos sus decires y sus acciones. Se podría postular que la Viuda sigue más presa del deseo que debe concretarse que del acto que la llevara a abrirse a un pensar, o a diversos modos de pensamientos que le permitieran tolerar la ausencia y así evitar su lucha a cualquier precio —el precio de su propia vida— de tener una satisfacción directa a sus propias necesidades. Al no obtenerla, su actuar se extrema en el acto suicida, sin buscar alternativas más elaboradas y más sublimadas a su dolor.

Pensamos, en síntesis, que **La Viuda de Apablaza** pone un tema de gran importancia en la vida humana pero en el plano de impulsos tal vez muy primarios; por ello, aparecen válidas preguntas e interrogantes acerca de la real naturaleza de la relación que se establece entre el Ñico y la Viuda. Resulta, sin embargo, de gran importancia el dejarlas abiertas, evitando *la respuesta saturada* del incesto como núcleo evidente del conflicto entre los personajes principales, pues éste puede estar presente sólo de un modo secundario y en lo externo, más que en el núcleo profundo de la relación. ■